

A PROPÓSITO DEL SUICIDIO

Aunque se sepa que no hay esperanza en las cosas, hay que estar decidido a cambiarlas.

SCOTT FITZGERALD

Decía Albert Camus que *“no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no la pena de ser vivida es responder a la cuestión fundamental de la filosofía”*.

Y dado que los hombres nacen, viven, mueren y no son dichosos, a tal tarea se ha entregado con desgarro y pasión. La historia y las sociedades han oscilado en el significado y las actitudes a tomar ante el suicidio: desde su aceptación como paso a una inmortalidad feliz, caso de los egipcios o los antiguos escandinavos, o su consideración de acto natural, razonable y digno frente al deshonor y las desgracias de la vida, propio de griegos y romanos, hasta su condena y repulsa en las sociedades altamente religiosas (así S. Agustín y Sto. Tomás veían un pecado, una ofensa a Dios, que nos da la vida, y al orden natural que nos impone conservarla), o enjuiciarlo como un crimen contra el Estado (Platón o Aristóteles), o una aberración contra la naturaleza moral de la dignidad del hombre, a juicio de Kant.

En el siglo XVIII, pasó de ser considerado un dilema moral o filosófico a un problema médico y social. La cuestión era saber por qué ocurría, no si estaba bien o mal. Unos localizaban la causa en el cuerpo, otros en la mente y otros, como el sociólogo Durkheim en la comunidad y el hecho del desarraigo y el malestar social.

Por último, la filosofía nos proporciona dos miradas benevolentes con el suicidio: la de David Hume que *no estimaba que retirarse de la vida hiciese daño alguno a nadie, si acaso la modesta ofensa de dejar de hacer bien*, o la más vehemente de Schopenhauer, *para quien no hay nada en el mundo a que más indiscutible derecho tenga el hombre que a disponer de su propia vida y persona*

Y es también Schopenhauer, que ve al hombre como un animal metafísico que se extraña de su propio sufrimiento, el que habla del suicida como alguien que se mata por afirmar la voluntad de vivir que ha sido por la misma vida aplastada.

Sea cual sea esta historia y los juicios de la filosofía, el suicidio real y auténtico es el que ahora mismo estarán cometiendo en el mundo miles de hombres. Por ello, cuando fuera y dentro solo hay invierno y vivir cansa tanto como andar bajo la lluvia, queda únicamente el dolor, la herida en el alma, y ni siquiera querer contarlo.

Pero todo esto es, en el fondo, cosa de literatura, de novelas, o simples novelerías, como diría Unamuno, pues ya sabemos que vida y escritura coinciden en irse contando lo que nos duele y pasa, tan semejantes en el gesto como el abrazo y el asesinato. Bien sabía esto el pobre Ramón de Villaamil, en esa especie de viacrucis laico y desesperado que emprende al final de la novela maldiciendo a todos los vientos con los que se va encontrando, como si un buitre le fuera lentamente devorando toda esperanza.

Porque Villaamil es un suicida por amor despechado a la vida. *“Francamente –se dice- si uno no se suprimiese por salvarse de la miseria, debería hacerlo por no ver estas cosas”*. Villaamil actúa según sus ideales y no según las exigencias de la realidad. Y esta, tanto la particular de la familia, como la pública de la sociedad y el Estado, le pisotea despiadadamente con su ausencia de moralidad, *“moralidad, arriba, abajo, a la izquierda y a la derecha...”* demanda constantemente en la búsqueda de un fundamento a la existencia. Esto es lo que habita en su alma, vacío y desierto. Y la lógica de tanta amargura conduce a la desaparición, furiosa, no serena, como defendía Marco Aurelio, al comparar al suicida con el hombre que se va tranquilamente de una casa porque hay mucho humo.

Villaamil, al igual que todo hombre, mata lo que ama. Es fácil entonces, cuando cuesta respirar, encontrar una razón para guardar definitivamente silencio. Así proclama: *“Que yo soy libre y liberal y demócrata y anarquista y petrolero... Y hago mi santísima voluntad... La sacrosanta libertad ya no me la quita nadie”*.

No sabemos en qué tiempo del año sucede su último gesto, pero siempre imaginamos, como Vallejo su muerte, que morimos con aguacero, en una soledad que nos impide estar solos, como si dejáramos el cuerpo olvidado mientras cae la nieve... Tal vez el pobre Villaamil experimentó estas emociones antes del disparo y, escuchándose por dentro, susurrara: *“De la vida me acuerdo, pero dónde está”*.